

¿Y qué en relación con la lucha entre lo consciente y lo inconsciente? “Las cosas humanas son dobles: los seres son al mismo tiempo inconscientes y responsables, repletos de escrúpulos y de crueldad, de sensatez y de incoherencia, de lógica y le locura (.....)” dice Fearon al devorador de sueños que es Lucas.

Otras cosas manifiestan los personajes de Lenormand que rozan con el freudismo: “La conciencia puede olvidar, pero nunca lo hace al azar. Olvida lo que es útil olvidar.” Y esto de que “los sueños no mienten”.

Hasta aquí el fugaz boceto del teatro psicológico de este francés; que tenga él puntos comunes de vista con el austriaco Freud, parece innegable; que muchas de esas ideas se hayan elaborado antes de la publicación de obras como *La introducción al psicoanálisis*, es bien posible; en todo caso, lo anterior apenas sí demostraría que el arte es también un medio para llegar a la verdad, así sea ésta exagerada, como realmente lo es en Freud.

EL MENSAJE ESPIRITUAL DE EFE GÓMEZ

Por JOSE HURTADO GARCIA

En el principio fue un ingeniero de minas. Por los angostos caminos de Antioquia, en infértiles cabalgaduras, su estampa se hizo fraternal para todos los trabajadores. Era el doctor Francisco Gómez Escobar, iluminado por el paisaje. Experto en la búsqueda de oro, su inteligencia perforante hallaba filones numerosos para enriquecer a los socios sosegados y tranquilos de las compañías anónimas. Su estampa de hidalgo, pero de hidalgo laborante —rara ave en la tierra— se tostaba con las lluvias y con los soles. Su frente altiva sudaba ganancias y pensamientos.

El paisaje antioqueño y el alma de sus paisanos asaltaron su corazón anchuroso de patriarca. Sintiendo la tragedia de sus compañeros en esa noche pálida del que busca los tesoros subterráneos, se compenetró con su dolor y pudo escribir *En las minas*, esos relatos téticos que ponen al lector la carne de gallina y que demuestran vigorosamente el eterno sacrificio del hombre en la creación de la riqueza.

En los domingos fiesteros de las pequeñas villas, convivió con los seres buenos que durante la semana íntegra se habían fatigado en la lucha y que en ese día salían a disfrutar un poco de la alegre vida: las novias campesinas purísimas, bíblicas en su austeridad y en su belleza, el bambuco sentimental que traduce exactamente sus quejumbres, el licor que prende banderillas de fuego a sus pasiones, y a veces, el baile bravo en la noche de la parranda. Y la inconsciencia y el crimen. Así pudo escribir más tarde su *Guayabo negro*, ese cuento insuperado en que el alcohol es el único asesino, al quemar la razón de gentes de tozudo esfuerzo y cristalino espíritu. Había nacido Efe Gómez.

Observó al hacendado antioqueño, de brava autonomía, señor de horca y cuchillo dentro de sus fundos, voluntarioso, violento, honorable y testarudo cuando en pésimo camino renegaba contra la negligencia de la administración municipal, contra el abandono de las rutas vecinales, y escribió ese delicioso y admirable cuento: *Un héroe de la dura cerviz*, en donde la raza grita sus consignas de acero.

El dolor de la comarca, el amor por la tierra propia, están descritos vitalmente en su *Retorno*. Después de ausentarse del grupo



de cabañas, regresa a los veinte años y encuentra una ciudad tumultuosa y esteticista. El árbol, el gran árbol, compañero de ensueños y de desengaños cuya sombra fue la poesía de la niñez, ha sido transformado en papel. La ciudad enaltece, magnifica al industrial triunfador, y el personaje de Efe Gómez se siente mutilado. Su calle ya no es su calle. Por eso dice: "Vuelvo a ser aquí un extraño: que la patria son seres amigos que crecieron a par nuestro, corazones con las mismas quimeras amasados, unas mismas estrofas en las bocas, unos mismos anhelos en el alma. ¿Y qué entiendo, qué siento yo de lo que entienden y sienten estas gentes? Es como si hubiéramos nacido en planetas diferentes. . . ."

El vigor colonizante de la raza antioqueña —epopeya mil veces repetida— la alegre fanfarronería, la aptitud de adaptación, el carácter dominante se encuentran en *El paisano Alvarez García* con los detalles más detonantes. Como interpretación psicológica, apenas puede compararse a *Que pase el aserrador*, de Jesús del Corral y a *Un Sansón montañés* de Alfonso Castro. Como en *Un Zarathustra mairero*, allí está toda la filosofía antioqueña. Efe Gómez sufrió frente al misterio del cosmos, interrogó a las constelaciones, se desveló pensando en mundos ignorados, anheló penetrar con su pensamiento el humano límite. Fue un atormentado de la inteligencia, un espiritualista desconcertado. Ese temblor ante lo ignorado sacude algunos de sus cuentos, muchos de sus relatos. Supo escarmentar almas con delectación anatómica, buscar motivos para sus divagaciones. Los libros científicos lo torturaron, porque al final de su lectura continuaba lanzando su pensamiento como un arpón en mares sin fondo.

El doctor Francisco Restrepo Escobar entretanto, como ingeniero de minas, continuaba realizando proezas profesionales, en servicio de los empresarios, de aquellos que al decir de Alonso Restrepo en su tan humano estudio, después de contemplar sus ganancias, se deleitaban de sobremesa leyendo los cuentos profundos de quien ante sus ojos, era apenas el agente eficaz y desinteresado de sus fortunas en crescendo.

Cualquier día inventa en las minas del Zancudo, célebres también por haber sido la escuela primaria de Antonio José Restrepo, un nuevo sistema de cianuración que le produce bastantes pesos. Pero no quiso atesorar. La viuda, el huérfano, el lisiado, el anciano, tuvieron techo y pan por algún tiempo. Como el bueno de Asís, quiso redimir por iniciativa particular a unos cuantos desventurados que estaban al alcance de su alma.

Ya en la vejez, compañeros comprensivos le dieron un contrato para escribir la historia del Ferrocarril de Antioquia que pudiera llevarlo a vivir lejos de las minas, del duro tráfico. Pero un abogado lleno de incisos, párrafos, leyes, ordenanzas, decretos y resoluciones, quiso imponerle hasta horario de barrendero en sus cláusulas. A él que ya le había dado a la República el oro de su obra literaria y a la minería antioqueña el caudal de su inteligencia práctica.

De ahí que el mensaje espiritual de Efe Gómez sea ese: el dolor de la inteligencia. Fue un perseguido por el ambiente judaizante,

por el oportunismo metalizado. Su obra no fue apreciada en su sentido exacto. Para honra de Antioquia y de Colombia, debió vivir sin sobresaltos. Los que lo rodearon, se hubieran dignificado haciéndole justicia.

El mal cumplido, es irrevocable. Velemos por su posteridad reconociendo que Balmore Alvarez al editar sus libros, *Almas Rudas*, *Retorno* y *Guayabo negro*, dio batalla triunfal para la cultura. En esos tres tomos está lo mejor de su fecunda obra y sobre ellos volverán sus ojos cuantos no sufran de mental ceguera.

En la Esparta de su voluntad no penetró ningún devaneo ni aspiró a conquistar el bienestar por caminos prohibidos. Anheló la buena, la dulce vida. Pero no pudo alcanzarla. Hay una imprecación que pone en labios de Francisco Javier Cisneros y que es exacta en los suyos:

"Y cómo se ve, en frente al terror sagrado de la muerte, cómo se ve de dulce, de muelle, de íntima la vida. Cuán deseables la fortuna, la independencia, la victoria.

. . . La fortuna, la victoria. ¡Ah! Yo no he nacido para eso, mi psiquis rígida, moralmente rígida, inflexible, forjada en siglos por serie interminable de honrados y férreos infanzones, carece de la ductibilidad necesaria para reptar por los conductos subterráneos, por donde, en veces, el éxito transita."